

**TECNOLOGÍA,
INNOVACIÓN Y LA
RECONSTRUCCIÓN
DE MI IDENTIDAD
DOCENTE DESDE
LA FORMACIÓN EN
UN PROGRAMA DE
POSGRADO**



INTRODUCCIÓN

A lo largo de mi trayectoria profesional he comprendido que la educación es un proceso que nunca se completa del todo; se expande y se transforma a medida que nosotros cambiamos. ¿Cómo puede la formación docente transformarnos en un mundo en el que la tecnología avanza más rápido que nuestras certezas profesionales? Esta pregunta acompañó mis reflexiones cuando decidí iniciar mis estudios de posgrado orientados a la tecnología y la innovación en la educación. No buscaba únicamente una actualización profesional que tribute a mi hoja de vida, sino asumir un compromiso: dejar de lado la comodidad para comprender el aprendizaje desde otra mirada; aprender

a enseñar de formas nuevas, más humanas y más acordes con los desafíos contemporáneos.

En medio de ese proceso resonó en mí la idea de Paulo Freire que terminó marcando el rumbo de mi experiencia formativa: “Nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan en comunión, y el mundo es el mediador” (p. 17). Esta frase resume el espíritu de la educación como acto colectivo y me recordó que el aprendizaje no necesariamente se realiza en soledad. Se construye con otros, en diálogo, en la diversidad de miradas, en los encuentros que nos desafían y nos permiten crecer. Es así como el programa de posgrado que cursé en la Universidad

Nacional de Educación se convirtió en un espacio para volver a mirarme como docente, cuestionar mis certezas y abrirme a la exploración de nuevas formas de enseñar y aprender.

Esta experiencia me ofreció conocimientos sobre tecnología e innovación educativa y renovó mi identidad docente. Comprendí que formarse es un acto de responsabilidad y de reconocimiento.

DESARROLLO

Mis motivos para elegir este camino

Elegí este posgrado porque considero que la enseñanza y el aprendizaje son actos profundamente humanos que hoy pueden enriquecerse con la tecnología. El *boom* tecnológico que atraviesan nuestras vidas demanda que los docentes dejemos de temerle a la innovación y aprendamos a comprenderla, adaptarla y emplearla de forma pedagógicamente pertinente. Las nuevas generaciones se desenvuelven con naturalidad en entornos digitales, y no deberíamos ignorar que sus formas de aprender, interactuar y significar el mundo están mediadas por dispositivos, plataformas y recursos que evolucionan con rapidez.

Además, detrás de esta decisión existía una motivación más íntima: me gusta aprender. Siempre he sentido que, si algo puede mejorar la experiencia de los estudiantes, vale la pena explorar, estudiar, equivocarse y volver a intentarlo. Por ello, mis expectativas eran altas. Deseaba un programa que complementara mi formación docente de pregrado y que me brindara herramientas útiles para crear entornos de aprendizaje más dinámicos, creativos y accesibles para ejecutar mi profesión de la mejor manera.

El desafío silencioso: estudiar y trabajar

Como muchas personas que deciden continuar formándose, tuve que enfrentar un reto que rara vez se visibiliza: la lucha cotidiana para equilibrar el trabajo, el estudio y la vida personal. No se trata únicamente de gestionar el tiempo, sino de encontrar

también espacio mental y emocional. Había días en los que las responsabilidades laborales consumían mi energía; otros, en los que las situaciones familiares ocupaban por completo mis pensamientos.

En esos momentos sentía una mezcla de ofuscación y frustración. Me preguntaba si de verdad podría asistir a las clases o si lograría cumplir con mis tareas. Sin embargo, también entendí que los procesos formativos no se viven desde la perfección, no se inician porque quizá sobra el tiempo; más bien, se viven desde la resistencia. Estudiar mientras se trabaja y se sostiene una vida personal es un acto de profundo amor propio y disciplina. Cada módulo aprobado era una victoria silenciosa que me recordaba que, aunque el camino fuera exigente, avanzaba hacia la meta que me había trazado. Expreso mi sincera admiración por quienes deciden continuar con su etapa de formación aun cuando deben atender sus responsabilidades laborales y familiares, incluidos los compromisos con sus parejas y con sus hijos.

Aprender con otros: docentes y compañeros que marcaron mi experiencia

Uno de los elementos más enriquecedores del posgrado fue la calidad humana y profesional de los docentes. Nunca nos dejaron solos. Su acompañamiento constante, su apertura al diálogo y la paciencia con la que explicaban —y volvían a explicar cuando era necesario— hicieron que mi proceso formativo fuera retador, pero siempre guiado. La educación, cuando se sostiene en la presencia genuina de quien enseña, adquiere una fuerza transformadora que deja huella. Admiro ese tipo de presencia, porque sostener un curso en un aula física ya es un desafío, pero hacerlo en entornos virtuales implica un esfuerzo mayor. Aun así, ellos lo lograron: nos hicieron sentir acompañados, escuchados y guiados, incluso a través de una pantalla.

También tuvo un papel fundamental la diversidad del grupo de compañeros con quienes compartí clases, debates y proyectos. Había docentes con más de treinta años de experiencia profesional,

personas con trayectorias laborales muy distintas y edades diversas. Aquello demostraba el profundo compromiso que tienen los docentes con la educación. Ese cruce de perspectivas enriqueció cada actividad, pues nos permitía ver la educación desde ángulos que, quizá, nunca habíamos considerado. A pesar de la gran experiencia que poseen, su interés por formarse evidenció el profundo deseo de actualizarse, de reinventarse por sus estudiantes y de seguir aprendiendo.

Además, la experiencia cobró un significado singular con la presencia de un compañero de clase con quien compartí múltiples trabajos y discusiones. Aprendimos juntos, nos acompañamos en los momentos más exigentes y tejimos un vínculo académico que me permitió comprender la importancia del aprendizaje colaborativo. A veces, quienes nos enseñan no son solamente los docentes, sino aquellos colegas que, con sus experiencias, caminan de nuestro lado y nos muestran otras formas de pensar y crear.

El corazón del posgrado

Entre todas las actividades realizadas, la creación de recursos educativos mediante tecnologías emergentes fue la más desafiante y gratificante. Cada producto representaba la posibilidad de acercar a los estudiantes a nuevas experiencias de aprendizaje más interactivas, desde productos audiovisuales hasta actividades interactivas como entornos de inmersión virtual.

Cada proyecto me exigía pensar en el sentido pedagógico y no en el uso instrumental de las herramientas tecnológicas. Este proceso nos permitió confirmar que la tecnología, por sí sola, no transforma la educación. Lo que realmente la transforma es la forma en que la integramos en cada una de nuestras planificaciones, en los objetivos de aprendizaje, en las estrategias metodológicas y en la evaluación.

ANÁLISIS Y REFLEXIÓN

Durante el programa de posgrado desarrollé y consolidé un conjunto de habilidades que ahora puede formar parte esencial de mi práctica docente:

- Manejo y análisis pedagógico de tecnologías emergentes.
- Planificación basada en enfoques tecnopedagógicos.
- Empatía, respecto por la diversidad y escucha activa.
- Diseño y adaptación de recursos educativos digitales.
- Trabajo colaborativo y comunicación efectiva.
- Resiliencia, organización y autodisciplina.
- Aplicación de metodologías pedagógicas innovadoras.
- Implementación de estrategias, actividades y recursos educativos, y gestión del acompañamiento docente y la interacción en entornos virtuales de aprendizaje.

Estas habilidades surgieron de las vivencias, de los desafíos cotidianos y del intercambio constante con los docentes y compañeros. Por otro lado, en el tránsito entre la práctica y la reflexión, el modelo TPACK (conocimiento tecnológico pedagógico del contenido) cobró vida en mi forma de pensar y redefinió mi forma de entender la innovación educativa. Como docentes, debemos entender que una integración tecnológica efectiva exige la articulación de los saberes pedagógicos, disciplinares y tecnológicos; esta visión permite abandonar la ilusión de que entre más nueva la herramienta tecnológica, mejor será el aprendizaje. La tecnología no es un sustituto de la pedagogía; es una extensión de ella. Es el con qué enseñamos, pero no determina el qué ni el cómo. Esta perspectiva nos permitió reconocer que lo fundamental no es usar tecnologías, sino hacerlo con propósito, sentido y coherencia.

CONCLUSIÓN

La experiencia de cursar el posgrado en la Universidad Nacional de Educación fue una de las decisiones más valiosas de mi trayectoria profesional. Me recordó que enseñar implica reinventarse, mantenerse en movimiento y reconocer que el aprendizaje es un camino que nunca termina. Recomendaría a cualquier futuro estudiante de posgrado que no se rinda. Habrá momentos de cansancio y presión, días en los que las responsabilidades parecerán demasiado grandes, pero la formación académica deja huellas que trascienden el esfuerzo momentáneo.

Nos formamos para ofrecer mejores experiencias de aprendizaje, para comprender a nuestros estudiantes y para aportar algo significativo en sus vidas. Cada estrategia innovadora, cada nueva herramienta y cada reflexión crítica contribuyen a construir un entorno educativo más humano y más consciente de los tiempos en los que vivimos. Dar pasos como estos nos permite recordar el compromiso que adquirimos cuando decidimos ser docentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.